

EL RETORNO

Me llaman el viajante del tiempo. No lo soy, ojalá y lo pudiera ser. Viajar en el tiempo es tener la facultad de ir hacia delante y hacia atrás. Vivir las guerras, vivir el futuro. Ser viajante no es utilizar nuestra corta vida en ir de un lugar a otro, de no estar nunca en uno definitivamente; ser viajante es vivir una huida perpetua.

Los primeros años de mi vida los utilicé en prepararme, en llegar a ser un magnífico profesional. Y lo conseguí. Lo conseguí a pesar tuyo. De nada me sirvió decirte que si había estudiado una carrera y me seguía preparando era por ti, para ti, para que tuvieras un futuro decente. Y tú a pedirme que nos casáramos, a decir que nuestro noviazgo ya era demasiado largo. Tú pregunta terminó por ser siempre la misma, que si ya no te quería. Y mi respuesta fue siempre igual: Te amo más que a nada y por amarte sacrifico mi tiempo y mi felicidad para prepararme para ti.

En una semana terminaste nuestra relación y empezaste una nueva con Carlos. Él no esperó tanto como yo. A los seis meses ya estaban casados. No sé si fuiste feliz, tampoco quiero saberlo. Es una pena que no hayas podido tener hijos, eso une mucho a los matrimonios. También me dio pena, aunque no lo creas, la muerte de tu esposo. Una muerte en accidente siempre es traumática.

Empecé hablando de viajes y terminé hablando de tu matrimonio. Pero lo primero está ligado a lo segundo. Empecé a viajar para huir. Ya te dije que viajar es huir de algo, pero no de uno mismo. Eso no se logra. Huí de ti, huí del dolor de verte casada, huí de mi sentimiento de culpa por no haberte escuchado a tiempo. Ni el dolor y tampoco la culpa desaparecieron con los cambios de país, de idioma, de costumbres. Mujer que veía me

hacía recordarte, y mujeres hay millones. Y al recordarte me llenaba de culpas. También probé con el alcohol, otro forma de huida. Da nada me sirvió. Pensé que me curaría con el tiempo. Y dejé que pasaran años y pasaran bajo mis pies miles de calles, de museos, de aeropuertos, de montes, de campos, de ruinas. Tú seguías y sigues ahí, en el mismo sitio donde te dejé. Y ése no es tu casa, ni tu ciudad. Ahora vives en otro estado, en otra ciudad, en otra calle. El lugar donde te dejé es en mi corazón. No te has movido de ahí, el que se ha movido inútilmente soy yo.

No te voy a mentir diciéndote que nunca busqué a otra mujer. Fueron varias. Pero ninguna te pudo mover de tu sitio ni creo que nada ni nadie te moverá, ni siquiera la muerte de la que ya no estoy tan lejano.

No, no quiero que me tengas lástima, eso sería lo último que te pudiera pedir. Tampoco te voy a suplicar que me vuelvas a amar y menos que vengas a mí. Sería yo un iluso. No, lo único que quiero es que sepas que mis viajes nunca los he hecho solo, tú me acompañaste desde el sitio donde te coloqué el primer día que te vi. Juntos hemos viajado de un continente a otro, de la juventud a la vejez.

Ahora vuelvo a ti. Mi retorno es para siempre. Me es imposible emprender un nuevo viaje. Perdón, te estoy mintiendo. Precisamente ahora inicio otro viaje más, el último, el de sin regreso. Adiós y perdón. Te amé, te amo y te amaré.

El viajero del tiempo.

Tomás Urtusástegui

Marzo 2006